

La poderosa carga vernácula de 12 templos ignotos del archipiélago chilote

Antonio Sahady Villanueva⁽¹⁾ y
Constantino Mawromatis Pazderka⁽²⁾

Resumen: El archipiélago de Chiloé es un mundo colmado de excentricidades geográficas y humanas. No en vano se ha escrito mucho al respecto, intentando cubrirlo desde miradas distintas. Una reciente investigación FONDART (“La grandeza de doce pequeñas iglesias en el Chiloé rural. Próxima peregrinación a la Unesco”, Folio 594243), nos ha permitido abrir otro flanco de exploración, procurando llegar a las personas de esos parajes distantes y desprotegidos: Apiao, Caulín, Chullec, Compu, Huyar Bajo, Lincay, Llingua, Matao, Puchilco, Quehui, Teupa y San Javier. Mediante una aproximación etnográfica, valiéndonos de procedimientos fenomenológicos, hemos conocido una realidad que merece la máxima atención y ayuda: la industria extractiva se instala en esos territorios e impone sus términos sin contrapeso, anulando las virtudes de una cultura que todavía se expresa con las poderosas voces ancestrales y que comulga armoniosamente con el paisaje casi virgen. Los habitantes saben cómo enfrentar los rezongos de la naturaleza, expresado en cataclismos y un clima adverso. Pero no tienen armas para defender de la depredación sus queridos bienes naturales y los construidos. En cada voz hay una realidad, una historia, un universo propio que habla de la profundidad de su pensamiento, en estrecha conexión con la fe y la cosmovisión integrada a sus existencias. Los templos son testimonio vivo de esa conexión entre los habitantes y la divinidad: en cada templo hay un registro de vida, una historia del lugar, un tesoro de memorias que esperan ser exhumadas. El presente trabajo busca esos rastros que están impregnados en los modestos materiales de las iglesias. Pero procura exaltar, al mismo tiempo, sus atributos desconocidos. Se trata de iluminar un conocimiento que está, todavía, velado por un manto de olvido y abandono. Queremos que tengan el derecho a sobrevivir, antes de que sean sepultados por la voracidad de la industria extractiva.

Palabras clave: Chiloé - Iglesias de madera - Arquitectura vernácula - Patrimonio - Identidad local

[Resúmenes en inglés y en portugués en las páginas 85-86]

⁽¹⁾ **Antonio Sahady Villanueva** es Arquitecto Universidad de Chile, Doctor en Arquitectura y Urbanismo, Universidad Politécnica de Madrid, España. Profesor Titular del Instituto de Historia y Patrimonio de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, especializado en conservación y restauración arquitectónica. Ha sido Director del Instituto de Historia y Patrimonio, y Director del Instituto de Restauración Arquitectóni-

ca de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile. Actualmente, es integrante de la Comisión de Evaluación Académica y también de la Comisión de Calificación Académica de la misma la Facultad. Forma parte, además, del comité editorial del Fondo Juvenal Hernández de la Universidad de Chile. En el ámbito académico, su actividad docente se ha centrado en asignaturas teóricas de Pre y Postgrado, y en la guía de seminarios y tesis referidos a su especialidad. Es autor de artículos indizados, libros, capítulos de libros y ponencias en torno al patrimonio cultural. Ha participado en algunos proyectos de investigación auspiciados por Fondecyt, la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo de la Universidad de Chile, la Facultad de Arquitectura y Urbanismo y de CORFO Chile. Actualmente, se encuentra finalizando el proyecto de investigación Fondart Nacional, titulado “La grandeza de doce pequeñas iglesias en el Chiloé rural. Próxima peregrinación a la Unesco” Folio: 594243, en calidad de coinvestigador. En el campo profesional, se ha desempeñado en múltiples proyectos de conservación e intervención patrimonial.

⁽²⁾ **Constantino Mawromatis Pazderka** es Arquitecto Universidad de Chile, Doctor en Arquitectura y Urbanismo Universidad Politécnica de Madrid, España. Profesor Asociado del Departamento de Urbanismo de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, especializado en diseño urbano y sostenibilidad urbana. En el ámbito académico, su actividad docente se ha centrado en asignaturas y talleres de Pre y Postgrado, y en la guía de Proyectos de Título. Es, además, autor y editor de numerosas publicaciones, tanto de artículos indizados, como de libros y capítulos de libros. Ha participado en diversos proyectos de investigación y extensión. Actualmente, se encuentra finalizando el proyecto de investigación Fondart Nacional, titulado “La grandeza de doce pequeñas iglesias en el Chiloé rural. Próxima peregrinación a la Unesco” Folio: 594243, en calidad de investigador responsable. Es, además, Director del Departamento de Urbanismo de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile y ha sido Jefe de Carrera de Arquitectura en 2012 y Director de Revista de Arquitectura entre 2005 y 2020. En el campo profesional, se ha desempeñado en múltiples proyectos en los EE.UU. y Chile. Destaca su participación en intervenciones patrimoniales de iglesias de Chiloé Patrimonio Mundial Unesco, siendo arquitecto responsable de dos de ellas.

Sobre los atributos

La familia de las iglesias chilotas es más extensa de lo que se puede suponer si antes no se recorre exhaustivamente el territorio. Por cada localidad existe una. Y a veces, más de una. Dentro de esos patrones volumétricos y formales que las caracterizan, existen múltiples variantes que hacen de este patrimonio un tesoro digno de estudio. Pareciera que cada caso quisiera revelar una verdad ancestral.

Los atributos que las cualifican son múltiples, aunque por estar confundidos con la naturaleza pueden pasar inadvertidos. Y es que nada resulta artificial, ni en su concepción ni en su materialización.

Una característica común a los 12 templos es la volumetría simple y más bien hermética, cuya expresión mórfica se expresa en el cuerpo tendido, que corresponde a la nave y otro vertical, definido por la torre-fachada. Ambos cuerpos se ensamblan armoniosamente, poniendo de relieve la maestría con la que los carpinteros locales dieron vida a sus propias manifestaciones arquitectónicas. Se advierte un instintivo sentido de las proporciones, de la escala de los elementos y de una muy prudente inserción en el paisaje que les rodea. Estos volúmenes, posados casi siempre sobre piedras, se despegan, sutilmente, del terreno, dejando que la ventilación cruce libremente los entramados de madera del piso. Se dota al inmueble de un sistema respiratorio capaz de capturar el aire que le prodiga la naturaleza circundante.

Independientemente de su configuración formal, la torre es el elemento que campea en el paisaje, enmarcando su silueta contra el fondo natural. Predominan las torres de dos cañas, afianzadas encima del dado basal. También están las de una caña. La rudeza del viento ha obligado a reforzar algunos templos con puntales exteriores, a modo de arbotantes básicos, que cumplen la función de arriostrar los muros longitudinales de la nave. Ejemplos de ello son Matao y Puchilco.

En su interior, las naves ofrecen un espacio generoso, de gran altura, habitualmente exaltado por una bóveda de cañón corrido. Hay variantes, sin embargo: la capilla de San Javier tiene cielo raso; la de Chullec, un cielo ochavado; y la de Huyar Bajo cuenta con una suerte de bóveda rebajada, ópticamente acentuada por las columnatas que la delimitan.

En medio del aislamiento, a las comunidades rurales les resulta difícil la sobrevivencia. Es iluso pensar que las energías alcancen para superar la economía de autoconsumo. Pese a ello, las iglesias reflejan el compromiso de la feligresía con su fe, a través del esmero en la ornamentación, el resguardo de los retablos y la imaginería. Es casi una proeza mantener los templos en buen estado, haciendo frente al clima severo y la escasez de recursos. La carencia de dinero, necesario para intervenir en las estructuras o fachadas exteriores deterioradas, se compensa, casi siempre, con el cuidado que se brinda a los espacios interiores del templo. Una prueba más del fuerte lazo de los habitantes con su capilla. En tal sentido merece la pena observar algunos detalles de la ornamentación que muestran la riqueza de expresiones que las capillas seleccionadas revelan. A modo de ejemplo, en las iglesias de Llingua y Apiao se ha pintado, de manera ingenua (*naif*) un firmamento de estrellas de madera blanca y doradas en sus bóvedas de cañón corrido pintadas de azul, que representa la voluntad de acercarse al cielo.

Pero es la torre el elemento identificador, faro a la distancia y punto de referencia de cada localidad. La torre es presencia dominante en el paisaje y representa la máxima expresión del oficio carpinteril, habida cuenta de su complejidad estructural y constructiva.

La altura de las torres rompe la horizontalidad del paisaje y compite con la esbeltez de espigadas coníferas. De los doce templos seleccionados, siete poseen dos cañas, una verdadera hazaña si se toma en cuenta las realidades locales y la menuda extensión de las comunidades a las que sirven.

Además de los sismos, la lluvia y el viento constituyen una amenaza permanente. Pese a ello y a todas las adversidades, los carpinteros chilotes siempre reaccionan con soluciones ingeniosas, que resultan ser, finalmente, una rareza arquitectónica: para oponer poca resistencia al viento, por ejemplo, la torre de la iglesia de Caulín se ha reducido a una caña única y se ha coronado con un chapitel cónico.

Un examen detenido del interior de la torre deja en claro que en su estructura se concentran los mayores niveles de complejidad. En efecto, allí concurren vigas, soleras y piedrechos, todas piezas afianzadas por uniones carpinteras que responden a distintas sollicitaciones estáticas y dinámicas. Se trata de un cruce de entramados que, por espontáneo que parezca, guarda consigo una innegable racionalidad. Cuando las torres precisan una mayor altura, el sistema estructural apela a un esquema telescópico, asegurando el arriostamiento entre cañas y el dado basal, rematando en la base –típicamente octogonal– del chapitel. En ocasiones, frente al deterioro de la madera o al debilitamiento de las piezas estructurales, se recurre a maderos complementarios –diagonales que no son coplanares con las caras de la envolvente de la caña, sino que las afianzan entre sí, colaborando con la estabilidad del conjunto.

Conscientes de la vulnerabilidad de los elementos soportantes cuando se les solicita en extremo –amén de la falta de un cálculo estructural–, los carpinteros suelen sobredimensionar las piezas con mayor compromiso resistente, consiguiendo prolongar la vida útil de los templos. Se involucra, en este objetivo, el *encamisado* de madera, que corresponde a la primera capa que cubre las piezas estructurales de la nave y la torre, sobre la cual se sobrepone el revestimiento definitivo. Las tablas que componen este *encamisado*, generalmente de canelo, se colocan en diagonal, separadas entre sí, a fin de absorber las deformaciones naturales de la madera y permitir la ventilación. Así, el *encamisado* juega un importante papel estructural, toda vez que contribuye a la rigidización del sistema general.

Los templos, por el exterior

A pesar de que la madera y las técnicas constructivas imprimen un cierto grado de uniformidad, otorgado por el dimensionamiento de las piezas y la pátina del tiempo que tiñe el material hasta mimetizarlo con el paisaje, las fachadas frontales siempre acusan singularidades. También contribuye a ello la imperfección propia de la arquitectura vernácula y el trabajo artesanal de cada poblado, siempre más rústico que elaborado. No importa la precariedad de los recursos porque el oficio y la lógica constructiva de estos carpinteros les conduce a soluciones ingeniosas que contrarrestan las carencias de herramientas apropiadas o de procedimientos ortodoxos.

Sin embargo, dentro de esta homogeneidad surgen –sin escapar a los patrones comunes–, algunos rasgos de diferenciación, de identidad local, de exploración de soluciones propias. Algunos de los templos se muestran distintos por el sistema aperturado de su cara principal. Se crea una pausa de transición, que hace las veces de nártex. Esta fórmula se resuelve de maneras diversas: a veces, con arcadas y columnatas; otras, con un frontispicio sencillo y hermético –alguno, incluso, con una *chiflonera*, como Caulín–, pero todos obedeciendo

a la necesidad de cobijo ante un clima severo. Entre las variantes de los aporricados de las 12 iglesias se observan arcos de tipos varios: de medio punto, apuntados, rebajados, ojivales, adintelados. Y también, combinaciones entre ellos.

Una característica que hermana a las iglesias chilotas es la pátina del tiempo, con independencia de la paleta de colores utilizada. La pátina mimetiza y unifica cromáticamente las partes de la edificación, integrándola al paisaje envolvente. Y pese a ello, cada templo se constituye en una individualidad, confirmando la riqueza del repertorio compositivo de los templos rurales. Nunca se repiten. *¿Cómo no reconocer la inventiva interminable de los artesanos locales?*

Observar la piel de las iglesias fuerza un elogio adicional. La textura de las maderas nativas en los revestimientos exteriores es un atributo de la mayor parte de las iglesias chilotas, urbanas y rurales. Es cierto que algunos de los templos de mayor valoración arquitectónica han mutado su piel hacia revestimientos de láminas metálicas, en algunas fachadas o en todas. Esta operación se advierte, incluso, en varios de los templos internacionalmente reconocidos. Se impone, como mérito, el ingenioso diseño del entramado y el oficio de los carpinteros que propicia esta metamorfosis.

Las 12 iglesias rurales estudiadas conservan, parcial o totalmente, el revestimiento de madera, de preferencia tejuela de alerce o tinglado. No es raro que se produzca la mixtura de ambos.

Las cubiertas, por su parte, han ido incorporando, poco a poco, las láminas zincadas como material de reemplazo de las tejuelas de alerce.

Entre las 12 seleccionadas todavía hay algunas que exhiben en sus revestimientos exteriores la tejuela de alerce en la totalidad de sus caras, incluyendo las cubiertas. A modo de ejemplo, las iglesias de Caulín, Matao, Compu y Huyar Bajo.

Los templos, por el interior

Por dentro los templos rurales chilotos constituyen otro mundo de sorpresas. En efecto, la riqueza en la ornamentación interior de estas sencillas naves no deja de asombrar. Predominan los colores encendidos, no siempre por decisión de la comunidad, sino de las circunstancias: es común que sea producto de la voluntad de un donador de pinturas. Comoquiera que sea, la paleta cromática, aplicada en un elemento arquitectónico o en la totalidad de ellos, se convierte en un factor de distinción entre los numerosos miembros de esta familia de capillas.

Sin traicionar la autenticidad ingenua del diseño, algunas de las iglesias elegidas esbozan rasgos de arquitectura culta: es posible encontrarse con naves sostenidas por elaboradas columnas en las que se distingue la base, el fuste y el capitel; o evocaciones de arquivadas adornadas con triglifos y metopas. Otras, más sencillas, –pero no por ello menos expresivas– presentan pilares de planta cuadrada o de fuste ochavado, con sus respectivas basas y capiteles. Pese a la rusticidad, es palmario el esfuerzo por hacer de la carpintería un arte amoroso, inspirado por la fe y el amor al prójimo. Con mayor o menor elaboración, las piezas que arman el espacio interior están hechas para engalanar el lugar destinado al rito religioso.

El repertorio de figuras propias de la imaginería religiosa chilota es amplio y variado. Dependiendo del patrono, cada templo exalta, por su tamaño o por sus bondades artísticas, la imagen que lo identifica.

Las doce iglesias seleccionadas

El intenso trabajo de campo permitió conocer a fondo muchas localidades rurales. Invariablemente, en cada una de ellas, la iglesia se erige como su núcleo orientador. Como una manera de acotar razonablemente el estudio, se optó por seleccionar doce de ellas, con el convencimiento de que existen otras tan meritorias como las elegidas y que merecen también un lugar de privilegio.

A continuación, una glosa de las que se escogieron:

La iglesia de Puchilco

La localidad de Puchilco es parte de la comuna de Puqueldón y se encuentra en el extremo nororiente de la isla de Lemuy. En medio de un caserío disperso, el templo destaca su silueta inconfundible. En las proximidades se encuentran, además, la escuela rural, el museo escolar, la sede social, el consultorio. Y a poca distancia, el cementerio.

Distante de los caminos principales, en la altura de una suave pendiente, muy cerca del mar, se emplaza la iglesia Nuestra Señora de la Candelaria de Puchilco. Al conjunto de casas que le rodean se conoce como “Puchilco Bajo”. La jerarquización de las piezas componentes es clara y la escala rural se mantiene. En ese escenario, el templo luce los atributos que pregonan su autenticidad.

¿Cuándo se construyó la iglesia? No existen registros exactos de la fecha. Hay quienes sostienen que antes de la actual hubo una versión algo más primitiva. La actual –se deduce– proviene de las primeras décadas del siglo XX. Aunque no hay posibilidades de confirmarlo, se afirma que su fundación corresponde a 1914. Hay certidumbre, eso sí, de que en 1927 el artista peruano Miguel Gamarra tuvo a su cargo las pinturas y adornos de los muros y cielos de la nave. Hasta hoy se conservan en el interior de la iglesia sus creaciones originales. Las actuales transformaciones de la iglesia son evidentes. Tanto las de orden estructural como aquellas más superficiales: el revestimiento de los paramentos exteriores, por ejemplo, extendidos a las vertientes de la cubierta, cuyas antiguas tejas de alerce cedieron paso a relucientes láminas de fierro zincado.

El fervor popular tiene su máxima expresión en la fiesta de “La Candelaria” de cada 2 de febrero, cuando la fe se manifiesta no sólo en el interior de la nave, sino también en los alrededores, congregando a la feligresía de los asentamientos cercanos.

La iglesia de Lincay

Esta iglesia, que pertenece a la comuna de Puqueldón, se encuentra al extremo sur de la Isla Lemuy, frente al borde costero de la localidad de Teupa. Distante del camino principal, compensa su aislamiento con la red de caminos secundarios que la conectan con las localidades rurales de los alrededores, participando de los mismos usos y costumbres.

A juzgar por los relatos de habitantes que conocen su historia, las primeras familias se asentaron allí a contar de 1865. A ellas se deben las capillas que antecieron a la actual Iglesia de Lincay, cuya data de construcción se remonta al año 1936. En ella participaron carpinteros e integrantes de la comunidad local.

Como ha ocurrido en otros casos, la necesidad ha obligado a hacer modificaciones cuyos efectos visuales son nítidamente perceptibles. En este caso, la cubierta, originalmente de tejuelas de alerce, se sustituyó por láminas de hierro zincado. No obstante, la piel de las fachadas y la torre, recubiertas de madera, son suficientes para mantener su relación mímica con el entorno.

Existe un patrón edificatorio que, indiscutiblemente, está asimilado por los carpinteros chilotes.

El interior responde al típico esquema de tres naves de las iglesias insulares. La central, una bóveda de cañón corrido que remata en el espacio del altar, con un elaborado retablo y un amplio repertorio de figuras propias de la imaginería religiosa, algunas de bulto, otras de talla completa, además de imágenes de vestir, de tela encolada y articuladas.

La celebración de la fiesta de San Juan es la más importante que la comunidad realiza (en junio de cada año), con los correspondientes ritos que culminan con la procesión.

La iglesia de Palqui

El templo de Palqui representa con mucha propiedad las expresiones religiosas campesinas. Aunque pequeña, tiene una apariencia compacta muy cerrada y, al mismo tiempo, robusta. Podría ser considerada una de las más austeras dentro de la isla de Quinchao. En su frontispicio no está presente el pórtico típico de las iglesias chilotas. La torre, por otra parte, consta de una sola caña, pese a su simplicidad. Se advierte maestría y un esmerado oficio técnico en la elaboración. Y más allá de eso, se ha concebido una muy buena composición en el volumen total, confirmando el innato sentido estético de los artesanos y carpinteros chilotes. El paisaje que rodea el templo es genuinamente rural. Algunos de los actuales habitantes de Palqui recuerdan que la localización de la iglesia no es la original. Hoy en día se encuentra a la vera de un camino, a través del cual se llega al borde costero en el extremo nororiental de la isla, en plena comuna de Curaco de Vélez. Delante de su fachada se extiende una explanada más bien menuda, que se anima en el período de las festividades y es el escenario perfecto para que allí los chilotes den cabida a su fervor y sus sentimientos religiosos.

Pero la vida y la muerte parecen ser transitar por un camino continuo y estrechamente conectado. Es así como la fachada trasera de la iglesia limita con el composanto, tal que si los muertos tuviesen todavía la posibilidad de dialogar con quienes asisten al templo.

Aun cuando no hay certeza de la fecha de su construcción, la actual versión de la iglesia se remonta a 1940 y es fruto de una de las tradicionales mingas. Se asegura que la iglesia fue remolcada por una yunta de bueyes hasta llegar al lugar en que hoy se encuentra.

En el repertorio de las iglesias chilotas del medio rural, la de Palqui es, probablemente, una de las más humildes. Sin embargo, no por esa condición dejan de ser destacables sus atributos. Es llamativo, por ejemplo, cómo la madera se aplica de distintas formas en cada una de las fachadas: se alternan las superficies revestidas con un entablado horizontal –tinglado– y las otras, recubiertas con tejuelas de alerce. Detenidos a observar la textura

de cada una de las caras, es posible comprobar que a la magnética atracción que producen las tejuelas se opone la sensación de quietud que sugiere el tinglado, esto es, el entablado horizontal que se asimila al sosiego del paisaje circundante.

La iglesia de Chullec

También la localidad de Chullec forma parte de la comuna de Curaco de Vélez en la isla de Quinchao. Próximo a una extensa marisma se alza el templo. Tiene algo de majestuosidad en su pequeñez, enmarcada contra el paisaje del bordemar. Pareciera que la comunidad estaba consciente de lo que significaba construir una iglesia en medio de un ecosistema de alto valor paisajístico, frente a la península de Rilán. Aquella es un área prioritaria de la red hemisférica de reservas de aves playeras migratorias. No en vano llegan hasta allí enormes cantidades de zarapitos que hacen allí una escala para seguir, luego, rumbo hacia otras latitudes. Los humedales les ofrecen sus bondades.

La capilla, edificada a mediados del siglo XX por lo propio vecinos del lugar, se dibuja ingenuamente contra un paraje silvestre. No hay adornos ni elementos que no sean los estrictamente fundamentales en el inmueble religioso. Una estampa con los ropajes mínimos, que expone con prudencia la torre fachada. Por no disponer de un pórtico de acceso, la sorpresa de su interior llega de golpe, sin transición entre el adentro y el afuera. Quien llega allí se siente acogido inmediatamente, como si el abrazo de la fe hubiese estado aguardando.

Las tres naves se ponen al servicio de los feligreses. En medio de la austeridad de ese espacio cálido está esperando la hospitalaria imagen de San Ignacio de Loyola, a quien se celebra cada primer domingo de octubre.

Todas las fachadas de la iglesia están revestidas por tejuelas de alerce. Éstas cubren, incluso, las dos cañas de la torre, como si el templo estuviese protegido por una piel única.

La iglesia de Huyar Bajo

En Curaco de Vélez (isla de Quinchao), nos encontramos también con una localidad que se conoce como Huyar. El caserío cercano a la costa y que acompaña a la iglesia se conoce como Huyar Bajo.

La iglesia es una de las más antiguas del archipiélago chilote y mira hacia el camino que se apega al mar.

Lo probable es que la iglesia actual haya tenido una versión anterior, cuya existencia se remonta hasta finales del siglo XIX, de acuerdo con lo que señala la tradición oral.

Fiel al patrón chilote, el templo conforma un conjunto con el cementerio y el embarcadero. De alguna manera, se funde con el camposanto, toda vez que el altar se asienta encima de las tumbas más antiguas.

Comparada con otras capillas rurales del archipiélago, este templo cuenta con una de las torres de mayor altura. Se trata de un cuerpo homogéneo, enteramente revestido en tejuelas de alerce, que alcanzan, inclusive, su cubierta. Es una especie de extensión del bosque. Hay una perfecta comunión con su entorno cercano.

Las tres naves de la iglesia, características del orden religioso católico, son sobrias o, más bien, austeras. Contrastan con las elaboradas imágenes del interior, de gran calidad artesanal.

Cada 16 de Julio se celebra la fiesta de la Virgen del Carmen, tal como ocurre en la iglesia de San Juan, localizada hacia el lado norte del camino.

El parentesco entre las iglesias de la zona se justifica porque los carpinteros que intervinieron en cada una de ellas son los mismos. Eso se advierte en la solución de la parte trasera de la cubierta y, sobre todo, en la solución de la torre.

La iglesia de San Javier

Una iglesia que destaca por su singular marco en la zona del ingreso es la de San Francisco, en la localidad de San Javier. No está fuera de la familia que caracteriza las iglesias isleñas. Sin embargo, y con un recurso muy austero y al mismo tiempo natural, como es la vegetación, se ha otorgado al atrio una atmósfera especial, que predispone a encontrarse con un ambiente místico. Es una suerte de transición entre el exterior y el interior, en medio de dos brazos vegetales que salen al encuentro de quienes acuden al templo. Un árbol, que parece contemplar el canal de Dalcahue, se alza con talante de guardián, a uno de los costados de la fachada. No es claro el año en que este templo fue edificado. Las dudas oscilan entre finales del siglo XIX y los comienzos del XX. Hay gente que asegura, incluso, que existen vestigios del lugar cercanos al año 1900.

Hacia el exterior la iglesia ofrece una cerrazón que la distingue de otras semejantes. Tal vez, la ausencia de un pórtico le hace más misteriosa, por cuanto a ella se ingresa directamente a la nave, sin transponer el característico nártex. En vez de las arcadas tradicionales, es preciso cruzar una suerte de zaguán. O, mejor aún, un umbral tras el cual el espacio se abre generoso.

En el exterior todavía se mantiene la piel original, esto es, la tejuela de alerce. No fue posible, sin embargo, mantener este material en la cubierta, el que debió ser sustituido por láminas de hierro galvanizado.

Parece increíble que esa estructura, hecha con un armazón de piezas de coigüe, ciprés, alerce y tepa, se sostenga encima de las piedras primitivas, sin afianzamientos adicionales. En la imaginería encontramos otro de los valores de esta iglesia. Destaca San Francisco Javier y San Antonio de Padua. Y, sobre todo, la Virgen del Tránsito. La más importante de las celebraciones tiene lugar cada 2 de febrero, cuando se festeja a la Virgen de la Candelaria.

La iglesia de Matao

La iglesia de Matao es otro prodigio artesanal. Se trata de un templo de silueta esbelta, que se distingue a la distancia y obligadamente concentra la atención de quienes viven en su proximidad. Curiosamente, como en otros exponentes de la fe, la vida y la muerte dialogan con una familiaridad extrema. El camposanto, a un costado de la iglesia, hace el contrapunto con el lugar donde la vida alcanza su esplendor, donde los pescadores están activos, junto al embarcadero que se constituye en su medio de subsistencia: la pesca. Allí también se practica el cultivo artesanal de los mariscos y especialmente de los mejillones. La iglesia, generalmente sometida a las inclemencias del clima, es a veces también objeto de deterioro a causa de los sismos. Eso justifica la creación de algunos elementos accesorios para su contención, algo así como unos arbotantes traducidos en diagonales que contrarrestan las sollicitaciones dinámicas. Un antídoto contra los vendavales y terremotos. Como en muchos otros casos, el templo de Matao también es una muestra del ingenio artesanal y del sentido de sobrevivencia de los bienes, en un medio que a veces se muestra hostil y, sin embargo, con el cual se puede entablar una amistad permanente.

Un detalle cromático identifica mejor la iglesia dentro del paisaje: los marcos de los vanos se han pintado de blanco, creando con ellos una composición propia en las fachadas, cuyo fondo es la pátina gris de la madera envejecida.

Al igual que muchas otras comunidades isleñas, la de Matao también se caracteriza por su fe religiosa y la activa participación en diversas festividades. Destaca, por su extraordinaria convocatoria, la celebración de Cuasimodo, como también la de Jesús de Nazareno y la de Nuestra Señora de Amparo. Una tradición que nunca falta es la presencia de la agrupación de músicos locales.

La iglesia de Caulín

Situada en medio de una bahía, al norte de la Isla Grande, Caulín goza de un paisaje de privilegio, nutrido por un ecosistema que acoge aquellas aves migratorias que completan el marco excepcional del lugar.

Llegar hasta Caulín y no poner atención a su iglesia es casi un pecado. Allí está ese volumen cerrado, compacto, enteramente forrado por tejuelas de alerce. Quienes se sitúan en un lugar central de la localidad se dan cuenta, una vez más, que la torre se convierte en protagonista, porque a partir del dado basal, de planta cuadrada, nace el segundo cuerpo, correspondiente a la caña superior y, en lo alto, el chapitel cónico que marca su sello distintivo y que no está presente en el resto de las iglesias rurales de la zona. Es evidente que, en la medida que transcurre el tiempo y es preciso hacer modificaciones, éstas no se atienen exactamente al modelo que le anteceden. El dado basal de la torre, por ejemplo, fue antiguamente octogonal y de ello hay registro en algunos documentos.

Como siempre, los artesanos se afanan en resolver, primeramente, lo inmediato. Obedeciendo a la lógica de sus necesidades y la sana subsistencia, las decisiones hablan de sensatez y conocimiento de los materiales, de adecuadas técnicas constructivas y del contexto en el cual se desenvuelven. Una vez más se pone a prueba la capacidad de amalgamarse al medio en que viven, respetando, por encima de todo, la naturaleza y el escenario que le sirve de cobijo.

De parte de los artesanos y carpinteros siempre hay una mirada comprensiva respecto de lo que se tiene y sobre lo cual se trabaja. Se podría hablar de una estética del respeto, que se materializa con las herramientas más elementales.

Algunos escritos señalan que la iglesia fue construida en 1883 y que originalmente su estructura fue afianzada con tarugos en lugar de clavos. Para ello se precisó de maestros avezados, dominadores del arte de trabajar en las uniones de madera.

Una singularidad de esta capilla es que cuenta con una *chiflonera* reemplazando el nártex.

La iglesia de Teupa

Al frente de la isla de Lemuy, en la comuna de Chonchi, se encuentra la iglesia de Teupa. El paisaje es casi virgen y, en medio de él, destaca la linterna octogonal de su torre. Como todas las del archipiélago, cuenta con él océano a poca distancia, como si quisiera ser el faro de las embarcaciones que navegan en las inmediaciones.

Junto al templo, el cementerio se manifiesta en la siembra de tumbas, cuyas pequeñas construcciones, que recuerdan las propias viviendas de la localidad, identifican a cada uno de los difuntos.

Algunos documentos afirman que la iglesia fue construida en las primeras décadas del siglo XX. La austeridad es su principal virtud. En efecto, se trata de un volumen sencillo, compacto, que ni siquiera está provisto de un pórtico de ingreso. Pero su composición logra una delicada amalgama con el paisaje. El tiempo se ha encargado de elaborar una pátina uniforme, que permite que resalten los marcos de las ventanas pintados de color blanco.

La simplicidad exterior se extiende hacia el interior de las naves, que son, finalmente, el necesario acompañamiento de un elaborado retablo. A esta muestra de destreza artesanal se añade la serie de imágenes que también es producto del trabajo minucioso y sensible de los autores, siempre animados por la mística y la devoción religiosa.

El momento que congrega más devotos es el día que se celebra la fiesta de la Virgen del Carmen. Hasta allí llegan feligreses de toda la zona próxima.

No parece extraño que, una vez descubiertos los atributos del templo y su entorno, el Instituto de Historia y Patrimonio de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile haya decidido postularlos como Monumento Histórico y Zona Típica, respectivamente.

La iglesia de Compu

En plena comuna de Quellón existe un paisaje de marismas que propicia el desarrollo de un ecosistema donde conviven la flora y la fauna nativas. Allí está la localidad de Compu, en cuya iglesia es posible advertir algunos rasgos que conectan la fe cristiana con la cosmogonía huilliche. De alguna manera, en ese conjunto se hace expreso el sincretismo cultural de ambas culturas. No en vano este templo tiene una estrecha relación con el Consejo Provincial de Chiloé de la Junta General de Caciques.

No hay certeza respecto del momento en que se edificó esta iglesia. Algunos testimonios señalan que fue construida hace un siglo y medio y que en sus orígenes su cubierta era de paja, la que fue sustituida posteriormente por tejas de madera. Hay documentos que revelan que se trata de uno de los sitios más tempranos del territorio chilote. En el archivo del Obispado de Ancud se encuentran escritos de los propios sacerdotes jesuitas que dejan en claro que esta capilla tuvo una versión anterior, en el siglo XVIII. Hay evidencias de que allí se celebraron casamientos y bautizos, en 1766.

No obstante su escueta dimensión, el esquema de la iglesia cuenta con los elementos primordiales y que dan identidad a este tipo arquitectónico: un pórtico que define el nártex y una torre de dos cañas. Aun cuando el revestimiento de alguna de las caras de la iglesia se ha repuesto, el tiempo se ha encargado de uniformarla con su pátina benefactora.

Las modificaciones en el templo y, como es costumbre en todo el archipiélago, han sido una constante. Los sismos suelen ser agentes altamente destructivos cuando el epicentro está próximo. En este caso, el terremoto de 1960 desplomó la segunda caña de la torre y sólo pudo ser repuesta dos décadas más adelante. Nuevamente, en este caso, está la mano carpinteril expresada en la imaginería, que luce sus virtudes en medio de la sobriedad de un ambiente cobijado por una bóveda de cañón corrido en el centro, además de las naves laterales, algo más bajas.

La iglesia de Quetalco

Entre los poblados de San Juan y Quiquel, en la comuna de Dalcahue, nos encontramos con la iglesia de Quetalco.

Se trata de una iglesia menuda, que luce, desde lejos, la elegancia de su esbelta torre recor-tándose, magnífica, contra el paisaje.

Mirada desde el frontispicio, la torre marca el eje de su ordenamiento morfológico. El arco central del pórtico está flanqueado por otros dos arcos laterales, de la misma forma y dimensión. El todo está regido por una composición geométrica que, sin obedecer a cánones estrictos, da cuenta de un aventajado sentido de las proporciones. Sin duda, el armazón de su estructura tiene su justificación en el largo natural de las piezas de madera, obtenidas en los bosques cercanos. Hay una plena adaptación a los recursos naturales y, por lo tanto, el resultado se presenta como una extensión del paisaje. Como si, de alguna manera, esta iglesia hubiese emergido de la tierra, dotada de los atributos que ella puede prodigar.

Un interior sin aspavientos, que incluso se priva de la bóveda de cañón corrido, limitándose a un cielorraso horizontal.

Aun cuando los datos que existen respecto del año de su edificación no son confiables, hay ciertos indicios que sugieren que esta iglesia fue erigida a comienzo del siglo XIX. Se sostiene, en todo caso, que es una de las iglesias chilotas más antiguas y, pese a ello, las intervenciones que se le han practicado no han desmedrado su morfología original.

Las campañas para contrarrestar su deterioro han derivado del respaldo ya entregado por el Consejo de Monumentos Nacionales. Y aunque esta iglesia fue declarada Monumento Histórico en 2016, el aislamiento y la nula inyección de recursos en su mantención induce a incluirla entre las iglesias no reconocidas.

Iglesia de Apiao

A diferencia de muchas de sus iglesias hermanas, la de Apiao propone un modo distinto de resolver el pórtico de ingreso: sus cinco arcos, formados por vigas acarteladas, confirman el buen hacer de los carpinteros de la “escuela de arquitectura religiosa en madera”. El resultado de esa lógica habla de las concordancias que sugiere el arquitecto mexicano José Villagrán en su texto *Integración del valor arquitectónico*: cuando una obra rebosa atributos factuales (le llama valor factológico) éstos se pronuncian en la estrecha asociación de la arquitectura y la estructura, entre la imagen exterior y sus espacios interiores, entre su corporeidad y el contexto rural inmediato. En Apiao tenemos una nítida materialización de esos asertos.

En un primer acercamiento, el templo de Apiao se distingue por su singular ubicación, emplazándose en un estrecho pasadizo que separa el mar interior de Chiloé y el fondo de un estuario. Se posa junto al cementerio, el embarcadero y algunas viviendas que, en conjunto, conforman el centro cívico-religioso del poblado.

De volumetría simple y hermética, el edificio se muestra hacia la ancha explanada a través de su fachada frontal. Encima de su pórtico se alza la torre, de una caña octogonal, montada sobre el dado basal y coronada por su correspondiente chapitel. Como suele ocurrir en la mayoría de los templos chilotos, el original revestimiento de tejuelas de alerce ha ido dando paso –en la cubierta de la nave y el chapitel– a láminas zincadas.

Siguiendo la pendiente de la cubierta, cuatro diagonales se distribuyen en cada fachada lateral para cumplir el papel de arbotantes. Una vez más, los carpinteros han encontrado, merced a su atávico sentido práctico, la solución para contrarrestar los empujes dinámicos a que está sometida la estructura.

A la austeridad de sus superficies exteriores, el templo opone, en su interior, una mayor riqueza y sofisticación. En efecto, pese a su aislamiento en pleno campo, así como a los precarios recursos con los que cuenta la feligresía y la comunidad en general, no se ha mezquinado esfuerzos para engalanar el templo. El gran espacio de la nave central encuentra su límite superior en la bóveda de cañón corrido que se apoya en una doble columnata. Aunque la caja de borde está revestida por dentro con un entablado simple, hay esmero en el tratamiento de las basas y capiteles de las columnas y en la elaboración de metopas y triglifos, así como también en el singular cielo estrellado que luce la bóveda.

Notas conclusivas

La fértil producción de arquitectura vernácula sembrada en los más diversos lugares de la tierra ha pasado inadvertida en medio de un mundo que se afana en preciar lo culto y erudito, producto de la mal entendida educación patrimonial. Las rutas turísticas suelen diseñarse a través de circuitos que conectan sólo los hitos prestigiosos de la ciudad. Se esconde, detrás de este fenómeno, una mal disimulada desconfianza por las obras que provienen de culturas que responden a la experiencia propia antes que a los códigos establecidos por la cultura oficial.

Cuando se trata del campo y del paisaje, los programas educativos –necesariamente estimulados por los réditos comerciales– suelen optar por el turismo aventura, procurando producir solaz y distensión en los visitantes a los lugares, a cambio del consumo que estas iniciativas propician.

Pero, como se ha mostrado, existe un amplio universo que, por inexplorado, queda relegado a un plano secundario y, consecuentemente, sin conocer. Sabemos que el conocimiento es el preludeo del reconocimiento y de la consiguiente protección. El cuadro no se completa, sin embargo, si no se incluye, como factor indisoluble de sus valores constructivos, a la feligresía y la comunidad comprometida. Allí radica, sin duda, la fortaleza de este patrimonio que merece difusión y, con justicia, apoyo expreso para su conservación.

Los cánones de la belleza se han aplicado históricamente a aquellas manifestaciones artísticas que se han hecho visibles, precisamente las que se ha realizado en la cofradía de los estudiosos del arte, con un aura de reputación que las transporta a la esfera de lo sublime. *¿Y qué ocurre con las obras que no han salido a la luz, teniendo méritos aún ignorados?* He aquí nuestro desafío: dar a conocer los atributos de unas cuantas iglesias rurales, distantes de los asentamientos mayores, erigidas a fuerza de fe irrenunciable, destreza carpinteril y sentido comunitario. Todas ellas tienen en común el ser una edificación colectiva y una sabia respuesta a la geografía y el clima local, valiéndose de los recursos prodigados por la naturaleza.

El paisaje que cobija a las 12 iglesias reseñadas se caracteriza por la armónica convivencia de retazos de bosques nativos y minifundios, entre cerros y lomajes junto al mar. Entreveradas en medio de los árboles y la vegetación, las iglesias, declaran su presencia a través de la torre única.

Los valores del buen hacer –intuidos más que racionalizados por los artesanos locales y no por ello menos reconocidos por los habitantes– se concentran en atributos de distinta escala.

La iglesia siempre se alza como el principal elemento del conjunto religioso, tanto por la superficie que ocupa como por su altura, constituyéndose en un referente para la comunidad representada. La condición de ruralidad aún predomina en estas localidades, permitiendo que el paisaje siga siendo el telón de fondo de su silueta. Como pocos lugares en el mundo, se dibuja una imagen bucólica que evoca las églogas de Garcilaso de la Vega. Como tipo edificatorio, los templos escogidos para dar cuenta de la valía de su concepción morfológica y estructural, enseñan la lógica de su disposición relativa en el terreno, estrechamente dependientes de las condiciones geográficas y climáticas, amén de la necesidad de acoger los ritos ceremoniales.

Pareciera que la naturaleza, diseñada con patrones áureos y números mágicos, se ha extendido hasta las iglesias rurales chilotas. Examinándolas con atención, todas ellas son distintas entre sí y, sin embargo, comparten los mismos patrones métricos, morfológicos y cromáticos. La madera, por su parte, aporta con su pátina homogénea y las tejuelas y tinglados con los aspectos tectónicos. La suma de esos factores, que definen su arquitectura, se aviene amorosamente con el paisaje indomesticado del archipiélago.

Referencias

- Bravo, Marcelo. (2004). *La Cultura Chilota y su Expresión Territorial en el Contexto de la Globalización de la Economía*. Tesis para optar al Título de Geógrafo. Universidad de Chile, Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Santiago, Chile.
- Cárdenas, R y Trujillo, C. (1987): “*Caguach, Isla de la Devoción. Religiosidad Popular de Chiloé*”. Ediciones Literatura Americana Reunida. Santiago de Chile.
- Claval, Paul. (1995). *La Geografía Cultural*. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
- Corrales, Carlos (1994). “*La Tecnología Multimedia: Una Nueva Tecnología de Comunicación e Información, Características, concepciones y aplicaciones*” Recuperado el 4 de enero del 2009 de <http://iteso.mx/~carlosc/pagina/documentos/multidef.htm>
- Diccionario Soviético de Filosofía (1965). Recuperado el 4 de enero del 2009 de <http://www.filosofia.org/enc/ros/conoc.htm>
- Gallardo, Felipe et al. (2006-2007). *Arquitectura y Fiestas Religiosas: Procesos de Territorialización en Chiloé*. Documento no publicado. Instituto de Restauración Arquitectónica, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile. Santiago, Chile.
- Gobierno de la Región de Los Lagos (2009), Recuperado el 25 de mayo del 2009 de http://www.regiondeloslagos.cl/region_lagos/chiloe.php

- Ibañez Browne, María de Los Ángeles (2006). *Elementos territoriales para la valoración del patrimonio: Chiloé y sus festividades religiosas*. Tesis para optar al Título de Geógrafo. Universidad de Chile, Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Santiago, Chile
- Ibañez Browne, María de Los Ángeles et al (2006) “*Arquitectura y Fiestas Religiosas: Procesos de Territorialización en Chiloé*” Proyecto fiestas religiosas de Chiloé. Instituto de Restauración Arquitectónica. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Santiago, Chile.
- INE (2005): “*Chile: Ciudades, Pueblos, Aldeas y Caseríos*”. Instituto Nacional de Estadísticas. Santiago, Chile.
- Urbina Burgos, Rodolfo (1990): “Las Misiones Franciscanas de Chiloé a Fines del Siglo XVIII: 1771-1800”. Editorial Elártole. Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso.
- Vukonic, Boris. (1996). *Tourism and Religion*. New York, EE.UU: Editorial Pergamon.
- Vidal, Ricardo (2007). “*Caguach Más Allá Del Humo*”, Recuperado el 23 de diciembre del 2008 de <http://www.chiloe.cl/modules.php?name=News&file=print&sid=170>

Abstract: The Chiloé archipelago is a world full of geographical and human eccentricities. It is not surprising that much has been written about it, trying to cover different perspectives. Our recent FONDART research (“The greatness of twelve small churches in rural Chiloé. Forthcoming pilgrimage to Unesco”, Folio 594243), has allowed us to open another edge of exploration, trying to reach the people of distant and unprotected places such as: Apiao, Caulín, Chullec, Compu, Huyar Bajo, Lincay, Llingua, Matao, Puchilco, Quehui, Teupa and San Javier. Through an ethnographic approach, using phenomenological procedures, a reality that deserves the utmost attention and aid was unveiled: the extractive industry settled in, in those territories imposing its terms without any counterweight, overriding the virtues of a culture that still expresses itself with powerful ancestral voices and blends harmoniously with a virtual virgin landscape. The inhabitants know how to face the grumbling of nature, expressed in cataclysms and adverse weather conditions. However, they do not have the tools to protect their beloved natural and built assets from depredation. In every way there is a reality, a story, a universe of its own that speaks of the depth of thought, in close connection with their faith and the worldview integrated to their lives. The connection between the inhabitants and the divinity is best expressed by the temples that are a testimony of life, a history of the place, a treasure of memories waiting to be brought to light. The present work looks into those traces that impregnate the modest materials of the churches. Nevertheless, at the same time, it tries to praise its unknown attributes. It is about enlightening knowledge still veiled by a cloak of oblivion and abandonment. The idea is for them not to be engulfed by the voracity of the extractive industry, but to survive.

Keywords: Chiloé - Wooden churches - Vernacular architecture - Heritage - Local identity

Resumo: O arquipélago de Chiloé é um mundo cheio de excentricidades geográficas e humanas. Não por nada foi escrito muito sobre o assunto, tentando cobri-lo a partir de

perspectivas diferentes. Uma recente investigação FONDART (“A grandiosidade de doze pequenas igrejas em Chiloé rural. Próxima peregrinación a la Unesco”, Folio 594243), permitiu-nos abrir outro flanco de exploração, tentando alcançar as pessoas destes lugares distantes e desprotegidos: Apiao, Caulín, Chullec, Compu, Huyar Bajo, Lincay, Llingua, Matao, Puchilco, Quehui, Teupa e San Javier. Através de uma abordagem etnográfica, utilizando procedimentos fenomenológicos, aprendemos uma realidade que merece a maior atenção e ajuda: a indústria extractiva instalou-se nestes territórios e impõe os seus termos sem contrapeso, anulando as virtudes de uma cultura que ainda se expressa com vozes ancestrais poderosas e comunga harmoniosamente com a paisagem quase intocada. Os habitantes sabem como lidar com os caprichos da natureza, expressos em cataclismos e num clima adverso. Mas não têm armas para defender os seus amados bens naturais e construídos da depredação. Em cada voz há uma realidade, uma história, um universo próprio que fala da profundidade do seu pensamento, em estreita ligação com a fé e a cosmovisão integrada nas suas existências. Os templos são testemunho vivo desta ligação entre os habitantes e a divindade: em cada templo há um registo da vida, uma história do lugar, um tesouro de memórias à espera de ser exumado. O presente trabalho procura os vestígios que estão impregnados nos modestos materiais das igrejas. Mas, ao mesmo tempo, procura exaltar os seus atributos desconhecidos. O objectivo é lançar luz sobre um conhecimento que ainda está velado num manto de esquecimento e negligência. Queremos que eles tenham o direito de sobreviver, antes de serem enterrados pela voracidade da indústria extractiva.

Palavras-chave: Chiloé - Igrejas de madeira - Arquitectura Vernacular - Património - Identidade local
